

Rosa Brambila Paz

“El Teotihuacan de Eduard Seler”

p. 259-275

*Eduard y Caecilie Seler*

*Sistematización de los estudios americanistas  
y sus repercusiones*

Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos (editoras)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Instituto de Investigaciones Antropológicas

Instituto de Investigaciones Históricas/

Instituto Nacional de Antropología e Historia/

Instituto de Investigaciones Interculturales

Germano-Mexicanas/

Ediciones y Gráficos Eón

2003

416 p.

Dibujos y fotografías

ISBN UNAM 970-32-0956-4

ISBN INAH 970-35-0369-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 9 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/seler/409.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## El Teotihuacan de Eduard Seler

Rosa Brambila Paz

### I. El contexto del porfiriato

Hace más de cien años hubo un grupo de sabios conformado por abogados, científicos e ingenieros o médicos sobre quienes recayó la tarea de construir una nación, México, apoyados en la idea de “el progreso por la ciencia”. Para alcanzar esta empresa contaron con logros legales previos, como la separación del Estado y la Iglesia, la abolición de la esclavitud y de la mita, la no intervención y el reconocimiento de otros gobiernos. La integración nacional dependería del éxito de ciertas estrategias de unificación —de tipo lingüístico, educativo, legal-jurídico, etcétera—, y éstas, a su vez, de la recolección adecuada de información en todas las regiones del país. El principal obstáculo con que se encontraron aquellos estudiosos fue un territorio ocupado por una multiplicidad de grupos étnicos. Durante la época de las luchas entre liberales y conservadores había predominado como explicación causal del atraso económico, político y social de la naciente nación, la existencia de grupos raciales diferentes. En el proyecto de nación moderna del régimen porfirista, la desigualdad entre los sectores sociales no podía seguir explicándose a partir del concepto de raza. Para aceptar su proyecto modernizador se necesitaba una teoría moderna de lo social y, con ello, la creación y utilización de nuevas herramientas explicativas como fueron el concepto tanto de clase social como de historia nacional.

En la historia patria lo indígena se ha presentado como un doble discurso. Por un lado el indio del pasado, estereotipado e ideal, cuya organización merecía el adjetivo de “civilización”, lo cual quería decir que había constituido una sociedad. Por el otro, el indio vivo, degradado y aislado



que, a diferencia del muerto, está organizado en comunidades, es decir una organización social simple. Esta separación es importante. El glorioso indio prehispánico no era compatible con la realidad cotidiana del indio campesino contemporáneo de Díaz. La grandeza de lo prehispánico se asimiló entonces al grupo o a las personas que estaban en el progreso de la nación, por lo que fue necesario crear una historia patria para homogeneizar las ideas, para saber qué decir y qué pensar sobre las diferentes etapas del pasado. La unificación de la nación se hizo en torno a la historia. Esta unidad nacional va a tomar forma en los congresos sobre educación de 1889 y 1891, y la legislación que surgió de ellos en 1892.

Así, los documentos recopilados por Joaquín García Icazbalceta, Francisco del Paso y Troncoso, Alfredo Chavero, entre los más activos, fueron leídos como los testimonios de la historia mexicana. Bajo el régimen de Díaz se alentó una visión conciliadora que integraba el pasado, unificaba los grupos y clases sociales en leyes y fines políticos comunes, y reconocía en las tradiciones, valores y prácticas de la población, la esencia de la sociedad (Florescano 1977). Los interlocutores de este discurso eran dos. Por un lado el resto de las naciones que se estaban conformando y, por otro, los nacientes mexicanos a los que había que educar.

La presencia de México en el extranjero fue importante a partir de la actividad arqueológica, que es la que ponía a México a la altura de los países civilizados. Justo Sierra en 1909 afirma que “pese a los financieros para quienes era una cosa baladí, la arqueología era lo único que daba personalidad a México en el mundo científico”. Dentro de esta política Teotihuacan fue considerado como elemento primordial para exhibir ante el mundo exterior el esplendor del México antiguo (Dumas 1986, Hale 1991, Lombardo 1994, Raat 1975, Brambila y de Gortari 1997).

## II. Aspectos generales del Teotihuacan decimonónico

Teotihuacan fue un santuario hasta la llegada de los españoles. Un testimonio recogido por Fernando de Alva Ixtlixóchitl hace alusión a Teotihuacan diciendo que era contemporánea de Tula.

Y antes de pasar adelante quiero hacer relación del estado en que estaban las naciones toltecas y es que ya en ese tiempo y casi mil leguas

habían poblado y edificado pueblos y ciudades, villas y lugares. Entre los más señalados fue Teotihuacan, ciudad y lugar del dios. Era esta ciudad mayor y más poderosa que la de Tula por ser el santuario de los toltecas. Tenía grandísimos templos muy altos y edificios los más terribles del mundo, que hasta hoy día parecen en sus ruinas, y otras grandes curiosidades (Ixtlixóchitl 1977, vol. 1, p. 272).

Sahagún recogió de boca de ancianos indígenas el mito que relata a Teotihuacan como el escenario cósmico donde se desarrolló el drama original de la creación del Quinto Sol. Fray Juan de Torquemada en la *Monarquía Indiana* de principios del XVII refirió que los toltecas, presintiendo la ruina de su ciudad, se congregaron en Teotihuacan “para hacer fiesta a sus dioses con intento de agradecerlos y desenojarlos del gran enojo que contra ellos tenían” e impedir así la desgracia. Con Torquemada se cerró un episodio en el proceso de la conciencia histórica sobre Teotihuacan, la que Romero llama de los cronistas religiosos.

A partir de entonces la conciencia histórica sobre Teotihuacan pasó a otro momento de su proceso. Se dejaron de lado las alusiones a los dioses que allí habían adorado los indígenas y se inició el camino, que aún hoy no concluye, hacia su recuperación histórica, no exenta de tropiezos. En este desarrollo, el periodo del porfiriato se caracterizó por un acercamiento a los fenómenos del México antiguo a través de los elementos que ofrecía la propia cultura. Así, esta etapa estuvo marcada por la toma de conciencia de la necesidad e importancia de trabajar sobre el terreno mismo y, a partir de ese hecho, establecer un cambio en el tratamiento de los vestigios dejados por las culturas prehispánicas. La importancia de los monumentos en sí fue señalada por Charnay (1885) quien reprochaba a los historiadores mexicanos no salir de la ciudad capital.

También se caracterizó por el registro visual, que evolucionó técnicamente desde los dibujos, litografías e ilustraciones alusivas hasta la fotografía, tanto en el trabajo de campo como en el de museos. Aunque los cambios principales en la historia de la arqueología vienen de la manera de concebir las sociedades del pasado, este periodo, tal como sucede en otras partes del mundo, fue la época de la sistematización. El proceso de producir conocimientos de la arqueología sobre Teotihuacan se organizó desde la obtención de los datos y su clasificación hasta su articulación para la reconstrucción de la cultura. Veamos cada uno de ellos:



La adquisición de objetos de Teotihuacan data de épocas muy antiguas. Por ejemplo, con la protección de un decreto español que permitía efectuar excavaciones sobre las pirámides, Ypolito Guerrero, como propietario de Teotihuacan, fue autorizado a explorar las ruinas (Bernal 1980). Pero esto es diferente a los tiempos del porfiriato, cuando hubo un cambio en la visión del pasado y de las actividades relativas a los materiales arqueológicos. Almaraz (1865) y Waldeck (1864), centrados en los grandes monumentos, fueron los primeros en hacer trabajos más sistemáticos. El primero se consagró a explorar un pequeño montículo y, al mismo tiempo, a elaborar un plano de la zona. Más tarde Charnay (1885) estableció otra vista general de la zona y efectuó algunas excavaciones en la Calzada de los Muertos. En 1887 Batres inició sus intervenciones en Teotihuacan que culminarían con la liberación de edificios importantes como la pirámide del Sol y parte de los edificios a lo largo de la Calzada de los Muertos. Es importante señalar que al final de este periodo tuvieron lugar las excavaciones estratigráficas de Gamio en la región de Azcapotzalco. Por medio de la cerámica decorada el investigador definió los conceptos de espacio, tiempo y cultura que explican el desarrollo prehispánico del valle de México. La introducción de esas nociones en el proceso de recabar las evidencias produjo una transformación en las concepciones de Teotihuacan.

Con relación a la catalogación y descripción de los objetos y a los criterios de su clasificación se pasó de las francas especulaciones a listas “neutralmente descriptivas” de los objetos antiguos. Todo ello ocurrió mediante la aplicación, no siempre explícita, de criterios de clasificación y exposición de los objetos, tanto en museos como en las publicaciones. Como herederas del naturalismo ilustrado, las grandes clasificaciones decimonónicas dieron prioridad a los enfoques positivistas y evolucionistas del dominio del hombre sobre la naturaleza. A principios del siglo XX esta clasificación otorgó prioridad a la historia del hombre y la separó definitivamente de la historia natural. En esta transición existieron algunas tentativas de clasificación de materiales de Teotihuacan tales como las de Holmes (1885, 1897), las de Nuttall (1886), Wardle Newell (1902, 1905) relativas a las figurillas.

Si bien se ganó terreno en la formalización del conocimiento, la utilización de conceptos seguía siendo muy vaga. El material de Teotihuacan adquirido y ordenado ya para su estudio fue la base que permitió al mayista

Eduard Seler articular los datos para hacer una monografía de Teotihuacan. La forma en que Seler relacionó los diferentes rasgos que se determinaron como teotihuacanos se aprecian en sus trabajos *On the Present State of our Knowledge of the Mexican and Central American Hieroglyphic Writing*, de 1902, *Similarity of Design of Some Teotihuacan Frescoes and Certain Mexican Pottery Objects*, de 1912 y el de 1915 *Die Teotihuacan-Kultur des Hochlandes von Mexiko*. Recordemos que en el temprano siglo XIX, comparar a las pirámides de Teotihuacan con las de Egipto fue una práctica común. Charnay vio en las figuritas a grupos de negros, caucásicos, mayas, japoneses y griegos. Rutinariamente los autores invocaban a todas las otras culturas para compararlas con las precolombinas, siguiendo la idea de la universalidad de las culturas americanas, insistiendo al mismo tiempo en que se trataba de un desarrollo local. Esta fue la doble posición escolar que reprodujo la ideología de la época.

Dentro de este contexto hubo un sinnúmero de temas que intentaban descubrir el hilo conductor para explicar la monumentalidad de Teotihuacan. Se consideraba de vital importancia la definición de elementos diagnósticos de la cultura y su distribución en el territorio mesoamericano para establecer formas de relación con el resto de los vestigios encontrados en esta parte del continente. En este sentido Seler, en su estudio sobre la cultura de Teotihuacan del Altiplano de México, estableció un proceso espacial y temporal que daría origen a lo que treinta años más tarde sería una de las subáreas culturales de Mesoamérica. La magnificencia de los edificios lo obligó a hablar de la arquitectura, de su estilo, de las técnicas constructivas, del trabajo invertido, de su orientación. Todos estos elementos fueron descubiertos por Charnay, Batres y Gamio en su trabajo de campo y fueron temas a los que Seler también se refirió y que intentó articular con otros elementos como las figurillas y la iconografía, temas muy queridos para el investigador alemán. También fueron preocupaciones frecuentes la restauración y conservación de los vestigios para las futuras generaciones.

Dentro de la versatilidad de los temas que se trataron en esa época voy a señalar solamente uno, la interrogante aún vigente: ¿quiénes construyeron las pirámides de Teotihuacan? Para responder a esta pregunta es necesario entrar al tercer aspecto que caracteriza este periodo: la articulación de la información en forma sistemática, el gran aporte de Seler a la historia de México.



### III. Los pobladores de Teotihuacan

Antes de continuar, me parece necesario señalar que en esta época se usan libremente tres “nociones” en la articulación de datos –arqueológicos, etnográficos, filológicos o históricos–, las de comparación, analogía y semejanza.

En forma aún tentativa se puede decir que, cuando se hablaba en los textos de “comparar”, se hacía referencia a la observación de dos o más objetos para estimar sus relaciones de semejanza o diferencia. Mientras que cuando se mencionaba la “analogía”, se recordaba más la definición que se usaba en las ciencias naturales. Considero que por analogía se entendía la relación de correspondencia que en los diversos organismos ofrecen las partes que tienen la misma función o posición relativa. Esta noción se aplicó a la información cuando ésta se presentaba en forma continua. Por lo que se refiere a la palabra “semejanza” o “semejante”, su uso sugiere relaciones con el mundo de la geometría pues, como en esta disciplina, se encontraban puntos respectivamente iguales, mientras que otros son proporcionales, por lo que es frecuente que con este término se describan los elementos iguales, digamos en el tocado, pero de distinto tamaño. Estas tres nociones en las interpretaciones de Teotihuacan nos recuerdan los diferentes orígenes de los investigadores de esta época.

He subrayado estas diferencias puesto que en este primer acercamiento aparecen con un papel relevante en la articulación de la información que permite discernir quiénes fueron los antiguos pobladores de Teotihuacan. Considero importante precisar que en los escritos que he revisado se usan como sinónimos “pobladores” y “constructores”. Puede ser discutible que quienes edificaron la ciudad la hayan habitado siempre, pero lo aceptamos a manera de hipótesis.

Actualmente se da por hecho la conformación multiétnica de la antigua ciudad de Teotihuacan. Sin embargo, la presencia de elementos de otras partes de Mesoamérica se ha intentado explicar dentro del rubro del intercambio local y del comercio entre largas distancias. Sin ninguna reticencia se acepta que los restos que se han localizado en diferentes lugares de la urbe sean lugares de habitación de gentes o etnias diferentes a Teotihuacan. Se habla del “barrio oaxaqueño”, del “barrio de los comerciantes” cuya vecindad, posiblemente, fue habitada por grupos de familias provenientes de la costa de Golfo, y en otro conjunto habitacional se ha encontrado



cerámica maya (Rattray 1987, 1988, 1989). Dentro de este enfoque parece que los diferentes grupos étnicos son usuarios o llegados a la ciudad cuando ésta ya estaba construida. Una excepción es la propuesta de Peerler y Winter (1993) quienes ven que la orientación de la Calzada de los Muertos reproduce la de Monte Albán, sugiriendo con ello que los artífices de las dos ciudades son los mismos.

Si actualmente se acepta como plausible una composición multiétnica de Teotihuacan, hace cien años la identificación de un solo grupo étnico implicado en su construcción era importante. Los defensores de las teorías de etnias exclusivas trataban de excluir a un segundo grupo de académicos que proponía la existencia de una población negra, caucásica, china o griega, junto con la otomí, la maya y la tolteca en Teotihuacan. Obviamente este pensamiento, modelado por las características de aquel nacionalismo, en el mejor de los casos entra en contradicciones, cuando no en confusiones.

Las dudas y vacilaciones vienen desde los cronistas que registraron la historia de los mexicas que menciona una antigua edad dorada cuya capital fue Tollan. En estos relatos Tollan y los toltecas se refieren en general a las personas de la antigüedad y específicamente a Tollan y Teotihuacan. Pero también desde los principios de la época colonial otros, o a veces los mismos cronistas, quisieron averiguar quiénes habían sido los constructores de las pirámides, porque un mito perpetuado hasta fines del siglo XVII las atribuía a una raza de gigantes. Tanto Carreri como Sigüenza y Góngora atribuyeron la construcción de las pirámides a los olmecas históricos quienes, como se pensaba entonces, habían llegado de Egipto y de la isla de Atlantis. Torquemada, por su parte, escribió que los totonacas habían erigido las pirámides antes de haberse establecido en la costa del Golfo. Por último, es necesario mencionar que según diversos documentos novohispanos los otomíes, junto con los toltecas eran los pobladores de mayor antigüedad en el valle de México (Winning 1987).

La magnificencia de las construcciones de Teotihuacan facilitó a nacionales y extranjeros del siglo XIX identificar, casi unánimemente, a la Tollan de las fuentes con las ruinas de Teotihuacan y, por lo tanto, con los toltecas. A pesar del predominio de esta idea, reproducida a partir de las fuentes, las evidencias materiales constantemente recordaban las otras propuestas (Brambila 1993). Veamos algunos ejemplos.



En los inicios del siglo XX la relación entre los habitantes de la costa del Golfo y Teotihuacan adquirió, en cierto sentido, un fundamento arqueológico. Beyer, lo mismo que Seler, señaló en su análisis iconográfico que la representación de la mariposa era semejante en las culturas de los totonacas y los teotihuacanos, lo mismo que el dios gordo. También vio una relación con las culturas del Golfo en la pintura mural del Templo de la Agricultura, aunque sin hacer referencia directa a los totonacas. Sobre las pinturas, el autor señaló la costumbre de meter plumas de quetzal y bolas de caucho provenientes de la tierra caliente (Beyer 1922 a, b). Además de la iconografía, que también sirvió a otros autores, Seler se apoyó en el trabajo de Aleš Hrdlička (1912). Los cráneos braquicéfalos con deformación intencional descubiertos en Teotihuacan le permitieron concluir que la población local estaba relacionada con las tribus que habitaban la costa del Golfo en los tiempos de la Conquista.

Para confirmar la relación entre Teotihuacan y los grupos de la costa de Veracruz, Doris Heyden dio años más tarde otra interpretación de Teotihuacan como el lugar de los maestros del azabache (petróleo). Según la autora un grupo étnico de la región del Golfo pudo ser parte de los principales grupos atraídos a Teotihuacan, entre otras cosas, por la abundancia de obsidiana en el valle de Teotihuacan (Heyden 1977). Por ahora los trabajos arqueológicos han acotado que fue entre 100 y 350 d. C. que Teotihuacan comenzó a recibir influencias del Golfo (Piña Chan 1974). Al final del siglo XIX Mendoza negó esta hipótesis. Sostuvo enfáticamente que la pequeña tribu de los totonacas no tenía nada que ver y que no se la puede comparar con Teotihuacan, ni antes ni después de la Conquista (Mendoza 1877).

Antes de entrar a los sinuosos quesiqués de la articulación de los otomíes con Teotihuacan mencionaré que es Eduard Seler quien encuentra en los materiales icónicos y gráficos la presencia maya en la zona de Teotihuacan.

La relación del grupo otomí con Teotihuacan viene de la “revolución estratigráfica” de Gamio en Azcapotzalco. Para entender la articulación entre una secuencia geológico-cultural y un grupo étnico es necesario traer a la memoria que en Santiago Ahuizotla y San Miguel Amantla se encontró una síntesis de la secuencia ocupacional del valle de México. La semejanza y continuidad de lo que ahora se llama Preclásico y Clásico le abrió la puerta a Gamio para buscar a los constructores originales de Teotihuacan.



La opinión generalizada de los cronistas del siglo XVI era que los otomíes habían sido los habitantes más antiguos del valle de México. Para Gamio la población original del valle de México estaba constituida por estos grupos otomíes que, mezclados con grupos venidos del norte, formaron la cultura teotihuacana. Frente a los estudios comparativos de las cerámicas y del hecho de que un grupo cerámico era el más antiguo, Gamio pudo decir que la cultura arcaica y los otomíes eran uno y el mismo grupo (Gamio 1913 a, b, 1918). Y esta cultura arcaica era la base primigenia de Teotihuacan. Beyer creía también en la presencia del grupo otomí dentro de la cultura de Teotihuacan. Este autor apoyaba sus afirmaciones en las pinturas murales: los rostros de los guerreros de Teopancaxco son del tipo otomí. Además, según él los escudos y las flechas con plumas de pájaros eran de los otomíes. Por otra parte, como existían otomíes en el valle de Teotihuacan en el tiempo de la conquista, para el autor resulta sugerente asociar los elementos prehispánicos y etnográficos (Beyer 1922a), aunque precisa claramente que no es más que una hipótesis.

Mendizabal rechazó la posibilidad de identificar el grupo que producía la cerámica arcaica con los otomíes, a la vez que señala la problemática de la relación entre los chichimecas y los otomíes. El autor llegó a la conclusión de la existencia de una raza nahua-chichimeca (Mendizabal 1927). Poco tiempo después, las investigaciones hechas sobre los pueblos otomíes por Soustelle en 1937 se sumaron a las posiciones de Mendizabal en contra de la afirmación de Gamio. Soustelle sostenía que “afirmar que los arcaicos debían ser otomíes porque son los pueblos más antiguos es confundir arqueología, historia y lingüística” y le da mayor peso al dato escrito que a la evidencia material pues, continúa diciendo, al atribuir a los otomíes la antigüedad más grande se pierde de vista el poblamiento del altiplano por los olmecas y los chochopopolocas (Soustelle 1993). Noguera también refutó el razonamiento de Gamio pero desde un punto de vista puramente arqueológico. Los motivos decorativos que Gamio utilizaba para presentar la filiación otomí arcaica no eran válidos, según Noguera, puesto que se trataba de una decoración utilizada en toda Mesoamérica y en todas las épocas (Noguera 1922).

En esta discusión la cautelosa postura de Seler resulta ser mediadora por prudente. Para él es mejor no asumir que las peculiaridades de las antigüedades del “tipo de los cerros” –como también era llamada la cultura arcaica– necesariamente evidenciaban una edad mayor, así como tampoco



eran siempre indicativas de una población prehistórica expulsada por inmigrantes o conquistadores de otra raza. Si bien aceptaba el dato etnográfico e histórico de que los otomíes habían ocupado las alturas alrededor de Azcapotzalco, lo hacía para sustentar su argumentación en la que articula los descubrimientos de Azcapotzalco con los vestigios de Tlaxcala, Orizaba y las tierras bajas del Pánuco, que coinciden exactamente con las fronteras antiguas y actuales de los grupos otomíes. Autores más recientes han tratado de conciliar la presencia otomí en la génesis de la urbe prehispánica al considerar que eran la mano de obra, la población base sobre la que se impusieron los nahuas, que en el siglo XIX eran también nombrados toltecas.

Acabamos de mencionar que con mucha facilidad se reprodujo la asociación de toltecas y Teotihuacan a partir de la documentación escrita, aunque la arqueológica también aportó sus elementos. Charnay afirmó que Teotihuacan era la ciudad más importante del imperio tolteca y que sus investigaciones habían venido a demostrar que la disposición de los palacios ofrecía más o menos el mismo ordenamiento que Tula (Charnay *op. cit.*). Batres afirmó que esas inmensas masas, esas pirámides colosales, eran los recuerdos más antiguos de la existencia de la raza tolteca que se extendió sobre todo el continente americano; que por donde pasó, dejó recuerdos imperecederos de su grandeza (Batres 1989). El autor afirma a continuación que en Teotihuacan existían sólo los vestigios de dos razas: la tolteca y la azteca. Por su parte, Gamio afirma explícitamente que la ciudad de Teotihuacan era la famosa ciudad de Tula que la tradición histórica afirma. Esta propuesta adquirió mayor fuerza con el descubrimiento de la pirámide de Quetzalcoatl en la Ciudadela, a la cual Reygadas Vértiz consideró la manifestación material más refinada de la civilización tolteca (Reygadas 1928 a, b).

Pero esta posición tuvo sus detractores y muy fuertes. Manuel Orozco y Berra insistió sobre el hecho de que los toltecas eran un grupo nómada, mientras que la edificación de los monumentos necesitaba una sociedad sedentaria y agrícola. Esta argumentación no podía ser rechazada. Fue necesario arreglar la cronología de los documentos históricos para poder entender las objeciones de este autor. Esta tarea estuvo a cargo de Jiménez Moreno y Paul Kirchhoff.

Seler empezó a sospechar de la relación entre Tula-toltecas-Teotihuacan y propuso tomarla con cautela. Sus precauciones estaban enraizadas tanto

en su experiencia como mayista como en la distinción entre nahua o mexicano y tolteca. En efecto él y Beyer, a partir de los descubrimientos de Chichen Itzá, afirmaron que los vestigios que allí se encontraron eran mexicanos y no tenían nada que ver con Teotihuacan e insistieron en el hecho de que si la denominación tolteca había sido utilizada para los hombres de Chichen, no se podían nombrar así a los de Teotihuacan que son completamente diferentes (Beyer 1922a). Años antes, Dieseldorff había establecido también esta separación entre los nahuatl y los toltecas. El autor afirmaba que dentro de la cultura del dios Quetzalcoatl se revelaba un carácter particular de la raza que le había dado origen, y que la tendencia de los toltecas había sido pacífica y civilizadora, mientras que la raza nahua, al contrario, se había inclinado a la guerra (Dieseldorff 1885).

En esos años, la definición de lo nahua y lo tolteca fue crucial en la construcción de la historia de Teotihuacan, puesto que abrió la puerta a la identificación iconográfica. Las excavaciones de Charnay pusieron a la luz “la cruz de Teotihuacan” identificada por Hamy (1882) como Tláloc, el dios mexicana de la lluvia en Teotihuacan. “El mérito del descubrimiento de Hamy es notable, puesto que en lugar de una imagen completa él contaba con elementos aislados, esquematizando al dios”, dijo Seler. Las observaciones de Hamy abrieron el camino a Seler para marcar con algunos elementos, como los círculos en los ojos, a muchas figuras en Teotihuacan como Tláloc. Hubo que esperar los trabajos de Pasztory, de 1980 en adelante, para acotar esta afirmación y aprender a ver variaciones (Pasztory 1997).

A partir de comparaciones, semejanzas y analogías Seler identificó una parte del panteón mexicano en Teotihuacan, tanto en las construcciones como en las figurillas y las pinturas murales. En la lista de investigadores que descubrieron, de diferentes maneras, la filiación nahua de Teotihuacan debemos incluir a Mena (Mena 1910), Jiménez Moreno, Heyden, Noguera y, por supuesto, a Hermann Beyer. Ninguno de estos autores afirma que los aztecas o mexicanos y los constructores de Teotihuacan sean el mismo grupo étnico, pero tampoco niegan su filiación. En ciertos momentos titubearon. Por ejemplo, Seler y posteriormente Beyer afirmaron que el dios del fuego de los aztecas fue el de las gentes de Teotihuacan, aunque eran dos creaciones distintas de la fantasía mitológica de dos pueblos diferentes, y según ellos pudo ser un paralelismo etnográfico. Pero también señalaron que hubo diversos aspectos que les permitieron suponer una filiación



nahua, por ejemplo el símbolo de la palabra, la manera de vestir, las representaciones de Tláloc y el símbolo de las armas, entre otros. Así, los autores propusieron la hipótesis de un origen común a los habitantes de Teotihuacan y a los aztecas.

En las discusiones sobre la población originaria de Teotihuacan la aportación de Seler consistió en organizar los datos dispersos en un corpus coherente. Las diferentes posiciones sobre los constructores de la urbe prehispánica culminaron, al final del porfiriato, con el establecimiento de una continuidad histórica: la grandiosidad de Teotihuacan se siguió con la fuerza de México-Tenochtitlan. Estos elementos, argumentados y descubiertos “científicamente” fueron fácilmente convertidos en material simbólico que cristalizó en una mitología nacional. A partir de ese momento Teotihuacan pasó a ser parte estructural del mito fundador que se requería para unificar al país. Esta visión centralista ayudó a neutralizar, en el mejor de los casos, las investigaciones nacionales sobre las potencialidades culturales de los otros grupos étnicos autóctonos y sobre su papel en la historia prehispánica.

La integración cultural, una de las premisas fundamentales del estado nación, usa, adapta y combina estos trabajos para desarrollar el arquetipo del mestizo. Actor social del nacionalismo oficial del siglo XX, deberá ser sujeto de otro estudio.

## Bibliografía

Almaraz, Ramón

1985 “Apuntes sobre las pirámides de San Juan Teotihuacan”. En: *Memorias de los trabajos ejecutados por la comisión científica de Pachuca en el año de 1864*. Imprenta de J.M. Andrade y F. Escalante, México, pp. 349-358.

Barnet, M.

1912 “Quelques observations sur les petites têtes de Teotihuacan”. En: *XVIII Congreso Internacional de Americanistas*. Londres, pp. 203-205.

Batres, Leopoldo

1886 “Nouvelles feuilles: Teotihuacan”. En: *Revue d’Etnographie*. No. V, E. Leroux, París, p. 478.



- 1887 *Estudio sobre los Toltecas*. Imprenta Nacional, México.
- 1889 *Teotihuacan or the Sacred City of the Toltecs, Monographs of Mexican Archaeology*. Talleres de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, México.
- Bernal, Ignacio  
1980 *A History of Mexican Archaeology*. Thames and Hudson, Gran Bretaña.
- Beyer, Hermann  
1922 a “Relaciones entre la civilización teotihuacana y la azteca”. En: *La población del Valle de Teotihuacan*. Gamio, Manuel, 1, México, pp. 259-263.
- 1922 b “Antigüedades post-teotihuacanas o aztecas”. En: *La población del Valle de Teotihuacan*. Gamio, M., 1, México, pp. 343-362.
- Brambila Paz, Rosa  
1993 “Historia y bibliografía de Teotihuacan en los años cuarenta”. En: *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*. Cabrero, T. (comp.), Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, pp. 15-35.
- Brambila Paz, Rosa y Rebeca de Gortari  
1997 “La arqueología mexicana en las revistas científicas del porfiriato”. En: *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*. Rutsch, Mechthild y Carlos Serrano Sánchez (eds.), UNAM, México, pp. 103-126.
- Charnay, Désiré  
1885 *Les anciennes villes du nouveau monde. Voyage d’exploration au Mexique et dans l’Amérique Central*. Librairie Hachette, París.
- Dieseldorff, E. P.  
1885 “Sobre la manera probable de averiguar el origen de la raza de los toltecas.” En: *XI Congreso Internacional de Americanistas*. México, pp. 511-516.



Dumas, Claude

1986 *Justo Sierra y el México de su tiempo*. UNAM, México.

Florescano, Enrique

1977 "Los estudios económicos sobre la época prehispánica." En: *Cuaderno de Trabajo del Departamento de Investigaciones Históricas*. 21, INAH, México.

Gamio, Manuel

1913 a "Unidad cultural en Teotihuacan." En: *Anales del Museo Nacional*. V, Imprenta del Museo Nacional, México.

1913 b "Arqueología de Azcapotzalco, D. F., México." En: *XVIII Congreso Internacional de Americanistas*. Londres, pp. 180-187.

1918 *Apuntes para la monografía de la zona arqueológica de Atzacapotzalco. Características de zonas culturales*. Archivo Técnico de la dirección de Arqueología, T. 41, exp. 298, INAH, México, (ms).

Hale, Charles A.

1991 *Las transformaciones del liberalismo en México a finales del siglo XIX*. Vuelta, México.

Hamy, Ernest T.

1882 "La croix de Teotihuacan au Musée du Trocadéro." En: *Revue d'ethnographie*. II, E. Leroux, París, pp. 410-428.

Heyden, Doris

1977 *Economía y religión de Teotihuacan*. INAH, Cuadernos DEAS 19, México.

Holmes, William

1885 "The Monoliths of San Juan Teotihuacan, Mexico." En: *American Journal of Archaeology*, I, 4, Baltimore, pp. 361-371.

1897 *Ruins of the Valley of Mexico. San Juan Teotihuacan Archaeological Studies Among the Ancient Cities of Mexico*. Field Columbian Museum, 16, Chicago. Anthropological Series, 1.



Hrdlička, Aleš

1912 "An Ancient Sepulchre at San Juan Teotihuacan. With Anthropological Notes of the Teotihuacan People." En: *XVII Congreso Internacional de Americanistas*. México, pp. 5 y 6.

Ixtlixóchitl, Fernando de Alva

1977 *Obras Históricas*. 2 vols., Edmundo O'Gorman (ed.), UNAM, México.

Lombardo de Ruiz, Sonia

1994 *El pasado prehispánico en la cultura nacional. Memoria hemerográfica (1877-1911)*. INAH, México.

Mena, Ramón

1910 "La pequeña arqueología: cabecitas de Teotihuacan." En: *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. 5, III, 10, Imprenta y fototipia de la Secretaría de Fomento, México, pp. 513-517.

Mendizabal, Miguel O. de

1927 "Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México." En: *Revista Mexicana de Estudios Históricos*. I, 3, México, pp. 114-128.

Mendoza, Gumesindo

1877 "Las pirámides de Teotihuacan." En: *Anales del Museo Nacional*. I, IIs., de José Ma. Velasco, Talleres del Museo Nacional, México, pp. 186-195.

Nuttall, Zelia

1886 "The Terracota Heads of San Juan Teotihuacan." En: *The American Journal of Archaeology*. 2, Baltimore, pp. 151-178.

Noguera, Eduardo

1922 "Recent Archaeological Discoveries at Teotihuacan." *The Mexican Post*. Sep. 11, México.



Pasztory, Esther

1997 *Teotihuacan. An Experiment in Living*. University of Oklahoma Press, Norman.

Peerler, Damon E. y Marcus Winter

1993 *Tiempo sagrado, espacio sagrado: astronomía, calendario y arquitectura en Monte Albán y Teotihuacan*. Instituto Oaxaqueño de las Culturas, Oaxaca, México.

Piña Chan, Román

1974 *Teotihuacan*. Dirección de Turismo del Estado de México, México.

Rattray, Evelyn

1987 “Los barrios foráneos de Teotihuacan.” En: *Teotihuacan. Nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas*. Mc Clung de Tapia y E. C. Rattray (eds.), UNAM, México, pp. 243-273.

1988 “Nuevas interpretaciones en torno al barrio de los comerciantes.” En: *Anales de Antropología*. 25, UNAM, México, pp. 165-180.

1989 “El barrio de los comerciantes y el conjunto Tlamimilolpa: un estudio comparativo.” En: *Arqueología*. 5, INAH, México, pp. 105-129.

Reygadas Vértiz, José

1928 a “Las últimas excavaciones en la zona arqueológica de Teotihuacán.” En: *XX Congreso Internacional de Americanistas*. ii, Río de Janeiro, pp. 161-167.

1928 b “Nota preliminar sobre las actuales excavaciones en Teotihuacan.” En: *Revista Mexicana de Estudios Históricos*. 11, 6, México, p.183.

Seler, Eduard

1902 “On the Present State of our Knowledge of the Mexican and Central American Hieroglyphic Writings.” En: *XIII Congreso Internacional de Americanistas*. Nueva York, pp. 150-170.



1912 “Similarity of Design of Some Teotihuacan Frescoes and Certain Mexican Pottery Objects.” En: *XVIII Congreso Internacional de Americanistas*. Londres, pp. 194-202.

1915 “Die Teotihuacan-Kultur des Hochlands von Mexiko.” En: *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*. 5, Behrendt, Berlín, pp. 406-585.

Soustelle, Jacques

1993 *La familia otomí-pame del México central*. FCE, México.

Torquemada, Juan de

1975-83 *Monarquía Indiana*. 7 vols., Miguel de León Portilla (ed.), UNAM, México.

Waldeck, Frederic de

1864 “Les pyramides de Teotihuacan.” En: *Actes de la Société d’ethnographie*. IV, Société d’Ethnographie, París, pp. 234-240.

Wardle, Harriet N.

1905 “Certain Clay Figurines of Teotihuacan.” En: *XIII Congreso Internacional de Americanistas*. Nueva York, pp. 213-216.

Winning, Hasso von

1987 *La iconografía de Teotihuacan. Los dioses y los signos*. 2 vols., UNAM, México.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS